Dolor
WHITLEY STRIEBER



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Cuando conocí a Janet O'Reilly estaba haciendo una investigación infiltrado en la comunidad de las prostitutas. Esto es más difícil de lo que pueda parecer. Conectar con una prostituta por asuntos de negocios no es difícil; interrogarla sobre la naturaleza de su oficio y su experiencia es prácticamente imposible.

Mi investigación era para una novela. A principios de los años ochenta empezaba a ver la novela como una forma de arte político. Previamente la había visto como un entretenimiento, y el contenido político que pudiera tener mi trabajo no era más que fortuito.

Siempre he sentido la necesidad de hacer investigaciones exhaustivas para mis libros. Para Lo oscuro tuve que seguir la pista de los lobos en Canadá y en Minnesota. Para Luna roja estudié cuidadosamente cinco o seis eras históricas.

Para mi nuevo libro, que iba a llamarse Dolor, quería saber no sólo acerca de la prostitución, sino también sobre las diferentes perversiones que van ligadas a ella. Hay deseos sexuales tan explotadores que la gente no está dispuesta a gratificarlos sin cobrar en nuestra sociedad explotadora. La mayoría tiene relación con el dolor y con la muerte. Pues la muerte está conectada con la sexualidad...; veamos a la araña. ¿Quién no se ha preguntado qué es lo que siente el macho al entregarse al mismo tiempo al éxtasis del coito y la agonía de la muerte?

Durante la mayor parte de la historia humana, se ha creído que hay algo que ganar con los sacrificios humanos. Hay relatos espeluznantes de ello en la antigüedad, cuando se practicaba formalmente. En La rama dorada, Frazer comenta que «la adoración al principio femenino estuvo en todas partes y en todas las épocas relacionado con los sacrificios humanos». Esto es, naturalmente, una simplificación excesiva del hecho. Todas las religiones primitivas estaban asociadas con la sexualidad, y, por tanto, con la muerte; los sacrificios humanos eran una parte integral de ese ritual. Siempre ha existido la noción de que algo más elevado que los hombres tenía que ser alimentado con almas humanas. Janet me ha enseñado la verdad y el error de este concepto. Me lo ha enseñado con mi propia sangre.

A causa de la creencia de que la importancia de la víctima cuenta, el sacrificio de los reyes es una antigua tradición occidental. Persistió en forma organizada en el Imperio romano. Los emperadores no eran asesinados por razones políticas, como se supone normalmente, sino en un ritual religioso secreto que formaba el centro del culto del estado romano. Sólo unos pocos emperadores escaparon a este destino: Adriano, al dejar que las vestales ahogaran en el Nilo a su amado efebo, y Trajano por sufrir una enfermedad tan terrible que decidieron que su tormento era más satisfactorio a los dioses que su muerte. Todo esto está recogido en los libros recientemente descubiertos de Grammius Metarch, que permanecieron enterrados en la biblioteca del Vaticano hasta febrero de 1985.

El lento tormento y la abnegación envueltos en los grandes rituales de sacrificio (donde un señor arrogante era humillado y torturado ante sus antiguos súbditos) derivó de la conclusión de que la muerte no era la única cosa requerida. También se buscaba el sufrimiento. Cometimos un error al intentar interpretar los motivos de los seres superiores a nosotros. Para aprender de ellos debemos primero aceptar su presencia, y luego su primacía sobre nosotros. La cultura occidental, con su dependencia del empiricismo y su exaltación del individuo, no nos equipa para ninguna de estas dos cosas.

Es necesario que el fuego de la agonía queme estas confusas nociones. Esa es la razón por la que el sufrimiento está asociado con el sacrificio.

El sufrimiento hace que la gente se comprenda a sí misma. Quizá por esto hay un tremendo y sutil mecanismo de destrucción en la vida humana. No hemos venido por el vino, sino por las piedras. Lo que podría extender las fronteras de Camelot es destruido por aquellos que más nos aman.

Se rumorea que el presidente Kennedy fue asesinado en un ritual alquímico llamado «La Muerte del Rey Blanco», cuyo propósito era abrir la puerta de nuevos sufrimientos en el mundo, quizá propiciar la larga y complicada serie de sucesos que culminarían en una guerra

nuclear. Incluso una pequeña guerra atómica podría provocar cambios atmosféricos que conducirían rápidamente a un «invierno nuclear» que fuera suficientemente intenso para causar el verano de nieve fatal que conduciría a una nueva edad de hielo. Después de la muerte de Kennedy, un famoso profeta escocés vio que las nieves bajaban del Bel Bulben y se extendían hasta cubrir todo el mundo. Otros profetas también han visto nieve.

Aunque nos salvemos de la guerra, el entorno se está volviendo contra nosotros. Hay una actividad volcánica en aumento por todo el mundo, como si el planeta mismo estuviera empezando a luchar en nombre del sufrimiento.

La erupción de El Chicón en 1983 esparció cenizas hasta Texas, a seiscientas millas al norte. El gobierno mexicano cerró la zona del volcán. Aún permanece cerrada. Se sabe que El Chicón lanzó más detritos a la atmósfera que seiscientas bombas de hidrógeno. Aún estamos sufriendo los efectos. La erupción de El Niño, que tuvo lugar en el Pacífico en 19841985 y condujo a la vasta Conflagración de Borneo que quemó una zona de bosques del tamaño de Nueva Inglaterra, fue resultado directo de El Chicón. Y el mundo se está enfriando por causa de El Chicón y de otros muchos volcanes.

Ahora mismo Buffalo se encuentra cubierto por la capa de nieve más densa que registra su historia. Si un año las nieves no se derriten en Canadá y en la zona norte de los Estados Unidos, regresarán los glaciares. Será brusco: la nieve reflejará tanto calor y luz que el siguiente invierno será más intenso y el próximo verano más frío. Entonces el glaciar empezará a moverse.

Los sacrificios humanos también han sido considerados una forma de apaciguar a los dioses. La destrucción de los judíos a manos de los nazis fue una excepción particularmente viciosa de esta regla: Hitler mató a los judíos para consolidar su poder. Eran dueños de gran parte de la economía alemana, y nada que hiciera les haría confiar en él. Formaban una cierta reserva de oposición y por tanto tenían que ser destruidos. ¿No fueron sacrificados por bien del nazismo?

Al principio de mis estudios con Janet O'Reilly habría sostenido que había algo que aceptó su sacrificio y a cambio destruyó al nazismo. Los judíos entregaron sus vidas para destruir a Hitler.

Así lo hicieron, en efecto, pero no por la razón que yo pensaba. No entregamos nuestros sacrificios, los recibimos. El sacrificio más grande produce el más grande aprendizaje. Los más bendecidos son aquellos que sufren más. Esta es la estética primordial de la muerte, a la vez su horror y su milagro. Así, las víctimas de Hitler están entre los más grandes héroes. Pero sólo lloramos por ellos, no celebramos su valor, porque no comprendemos lo que realmente hicieron.

Lo que me resultó claro después de mi asociación con Janet es que hay algo que se alimenta del sufrimiento humano. No es un principio ni una nebulosa presencia espiritual, sino una civilización real, aunque con metas más altas, con motivos y conocimientos superiores a los nuestros.

Excepto en raras ocasiones, esta civilización no actúa directamente en nuestro mundo, sino que lo afecta de modo indirecto. El granjero no vive en la pocilga; la concibió, la construyó y la dirige desde lejos. Día a día, sigue en posesión de los cerdos.

Un ejemplo de su acción indirecta: en 1926 y 1927 mi tío vivía en Munich. Hitler estaba allí, y también Karl Haushofer, el jefe de un grupo llamado la Sociedad Vril. En 1961 encontré en un viejo cajón un retrato de este tío mío, tendido en un ataúd, en lo que parecía ser un escenario norteafricano. Me quitó la foto de las manos y la rompió hecho una furia. Después de su muerte, doce años más tarde, mi padre me dijo que era una foto de su iniciación en la Sociedad Vril de Haushofer. Ha corrido el rumor de que este grupo soltó un demonio en el cuerpo de uno de sus miembros menos exaltados, Adolf Hitler. Por supuesto, no «soltaron» ningún demonio. Los demonios no existen. Pero Hitler creía que sí, y si se descarta el empirismo, como él hizo, creer es también una realidad.

El objetivo final de la Sociedad Vril era el ritual conocido como «La Muerte del Rey Blanco». En las semanas anteriores al asesinato de Kennedy, mi tío se volvió más y más irritable. Pocos días antes, escapó por los pelos de la muerte cuando su coche explotó debido a un fallo en la alimentación del motor. El día anterior, tuvo un terrible ataque cardíaco en el avión que había fletado en un esfuerzo por abandonar los Estados Unidos. Poco después, sufrió una muerte lenta debido a un fallo cardíaco congestivo. Durante esos doce años, no creo que hablara más de mil palabras. Adelgazó cada vez más, se convirtió en una sombra espectral y murió.

Al principio supuse que había conocido a Janet O'Reilly por accidente, pero esto obviamente no es cierto. Para explorar la razón de que el encuentro no fue fortuito, debo disgredir una vez más y sumergirme en el mundo ampliamente insensato de la «ufología».

Hay evidencias por todo nuestro alrededor de la presencia del mundo escondido. No obstante, las rechazamos diciendo que son patrañas y tonterías.

El gobierno, sabiendo que esta civilización oculta se alimenta de nosotros, hace todo lo posible por esconder la realidad. No quiere que sepamos que nuestras vidas, nuestra cultura, nuestra propia historia, han sido diseñadas con el propósito de causarnos sufrimiento, y que no hay nada que podamos hacer ninguno de nosotros para aliviarnos de esta carga.

Hace diez años, en el curso de otra investigación, conocí a un hombre (que ya ha muerto), quien decía que la Agencia Nacional de Seguridad tenía un documento de ciento treinta páginas que contaba la verdad sobre los ovnis, demostrando, casi irrefutablemente, que son artefactos de una civilización inteligente, tan por delante de la nuestra, que literalmente no podemos ver sus manifestaciones excepto en las raras ocasiones en que entran en nuestro espacio temporal, igual que el granjero entra en la pocilga para comprobar la salud de sus animales.

La tesis subyacente de ese informe es que esta especie superior es nativa de la Tierra y que (por su propia elección) nos usan como nosotros usamos a los cerdos. Por razones que se aclararán, me marcaron las orejas para sufrir de forma especial. Al aumentar mi conocimiento, he llegado a amar a mis torturadores, y comparto con ellos su propia pena.

Me sorprendí al ver en 1983 que la ASN había sido denunciada por la CCSO (Ciudadanos Contra el Secreto de los Ovnis) bajo el Acta de Libertad de Información para que divulgara cuanto supiera sobre los ovnis. Oficialmente, el gobierno ha hecho un esfuerzo masivo para quitar hierro a la idea de los «platillos volantes», diciendo que son trucos o confusiones ópticas. Sin embargo, cuando llegó el momento de entregar cierta información sobre los ovnis, el asunto tomó una postura muy diferente. El Departamento de Justicia luchó furiosamente en nombre de la ASN para retener un documento concreto, que es el «centro del meollo» del asunto. Su longitud es de ciento treinta páginas.

Si lo que me dijeron era verdaderamente el contenido de ese informe, entonces la conclusión obvia es que nos usan para sus propios motivos, ganando algo que no comprendemos de nuestro sufrimiento y nuestra muerte, fuerza tal vez, o placer, o tal vez incluso la energía fundamental de su civilización. Igual que el petróleo alimenta la civilización humana moviendo aviones y coches, proporcionando electricidad y calor, la matanza de los seres humanos puede proporcionar su fuente de energías a esta civilización superior invisible. Tal vez hay un estallido de energía cuando el alma se separa del cuerpo..., una energía que puede ser utilizada para los más sutiles y poderosos propósitos. O tal vez el alma es, sencillamente, alimento para panzas más refinadas.

Nuestro sufrimiento no los beneficia directamente, sino el desarrollo que nuestro sufrimiento nos produce. Causar destrucción en el mundo no es responsabilidad de demonios, sino de ángeles. Es su deber más grande y doloroso, al que odian por la agonía que deben causar y aman por la riqueza de conocimiento que proporciona.

Esto es un matadero, pero a nosotros, las víctimas, no se nos ofrece la bendición de un golpe rápido en la cabeza o un corte en la garganta. Cuanto más aprendemos, más felices son los ángeles.

¿Por qué tenemos que sufrir para aprender? Porque el dolor derriba las barreras del ego, de la personalidad, del falso yo. Nos separa de nosotros mismos y nos permite ver en profundidad. Ahí está el ejemplo del Libro de Job, que en los textos secretos que usa Janet es llamado el Libro del Hombre.

La mejor muerte podría ser una mezcla extásica de amorosa aceptación y la más profunda desesperación.

Conocí a Janet O'Reilly en el Terminal Diner en la esquina de las calles Doce y Oeste en Greenwich Village. Había estado allí antes a causa de mis investigaciones. El club del Fuego Infernal, un lugar frecuentado por la comunidad sadomasoquista de Nueva York, está cerca. Quería conectar con algunas de las personas que iban a aquella zona a ganar dinero. No estaba interesado en los participantes obligados, sino en aquellos hombres y mujeres que hacían presa en ellos.

Eran las tres de la madrugada, y el restaurante estaba casi vacío. En la semana que llevaba acudiendo allí había contactado con especímenes muy interesantes, y había aprendido mucho de ellos. Cuando Janet se sentó a mi mesa, supuse que había oído hablar de mí. Mi oferta era de veinticinco dólares por quince minutos de conversación.

-Llevo dos años dando dolor -dijo por toda presentación.

El sadomasoquismo, hasta cierto punto, no es más que un asunto de disfraces y maquillaje. Los que lo practican son individuos fantásticos de corazón, y disfrutan las regalías y los rituales elaborados. Buena parte de la tortura queda contenida en el drama y la espera que acompaña los largos preliminares y preparaciones: las esposas, las herramientas, la aplicación de la ropa de cuero y todo eso. El vestido de Janet no revelaba nada exótico.

Vestía una fresca blusa azul. Su pelo era castaño claro y lo llevaba peinado convencionalmente. Su rostro era suave, la cara de una niña, con labios delicados y sugerentes, nariz recta y ojos levemente ampliados por grandes pestañas, enmarcados en cejas arqueadas. Era una cara completamente atractiva, la más pura que había visto. Sus ojos eran claros y verdes, y había algo en su cara que sugería algo más que latigazos y asientos calientes. No es que fueran oscuros o crueles, nada de eso. Eran los ojos de una persona extraordinariamente inteligente: brillantes, rápidos y llenos de vida. Más que eso, eran ojos amables. Al mirarlos, uno sentía en ellos un auténtico lugar de descanso.

Le sonreí.

-¿Te has enterado de mi oferta?

-¿Qué oferta?

Su voz era suave y fluida. No era como las demás personas de su profesión que había contactado. Debería decir que las encontré duras o exóticas o ligeramente peligrosas, pero no lo hice. Su principal característica distintiva era que sólo eran personas ordinarias. A un nivel u otro todos iban disfrazados, pero al rascar en la superficie se descubría el pastel.

-Tengo una oferta. La gente me habla de su profesión y yo les doy veinticinco pavos. No es mucho dinero, pero no corres peligro hablando conmigo.

-No sé nada de eso.

-Entonces, ¿por qué te has sentado aquí?

Ella me miró dubitativa, como si no pudiera creer que le pudiera hacer una pregunta tan obvia. Se cruzó de brazos. No iba a conseguir una respuesta.

-Me gustaría saber a qué te dedicas.

Ella estiró la mano y me tocó la mejilla. Sus dedos eran fríos y firmes; su mano no tembló como lo habría hecho si hubiera sido drogadicta. Muchas de las mujeres que se dedican al dolor lo hacen porque el dinero es bueno y los fulanos no exigen juventud o belleza. Muchos incluso quieren cierto grado de fealdad y suciedad. El dolor es el último refugio de la prostituta venida a menos.

-Como he dicho, doy dolor. -Sus ojos se encontraron otra vez con los míos-. Lo doy de la forma en que tiene que darse, y lo hago por la razón correcta.

Era una invitación.

-Te confundes conmigo. No soy un cliente.

-Todo hombre es un cliente.

-Si te refieres a un explotador de mujeres..., en ese sentido...

-Todo hombre es un cliente. Y todo hombre quiere lo que tengo que dar. Cuando quiero un cliente, escojo al primer tipo que veo. Nunca fallo.

En ese momento mi vida quedó arruinada. No descubrí un sadomasoquista en mi interior ni me volví adicto al látigo. Lo que me pasó es más terrible. Cierto, he visto tanto de lo inusitado en la vida que tiendo a pensar que todas las perversiones son blandas, no más que variaciones ligeramente molestas del tema de la relación que domina la experiencia humana. En realidad, la adoración del sumiso al dominante en un momento de alto drama sexual es un suceso hermoso del que ser testigo. Como todo amor auténtico, es inocente, y sólo queda intensificado por la estudiada indiferencia del sádico experimentado.

-No quiero romper tu estadística -dije.

Ella sonrió, el color se formaba en sus mejillas.

-Nunca lo hacen. ¿Cuál es tu fantasía?

Pensé inmediatamente en mi esposa. Llevo dieciocho años casado. Tengo tres hijos. Mi hija mayor no podría ser mucho más joven que esta mujer, a quien aún conocía como «Lauren Stone». No me dijo su nombre auténtico hasta que me volví parte de su círculo interno. Incluso ahora, cuando pienso en aquel primer encuentro, no pienso en ella como Janet, sino como Lauren Stone. Por supuesto, es una actriz excelente. Lauren Stone no era un nombre falso. Era un personaje. Janet es también un personaje. Sin duda, tiene muchos otros, tantos como quiera, en potencia para cada persona que encuentre.

-No tengo ninguna fantasía. Ya te lo he dicho, no estoy interesado en esto. No es mi...

-No digas «rollo». Eres capaz de explicarte con más propiedad. -No es mi modo de hacer las cosas. Me temo que practico el sexo normalmente con mi esposa, y eso es todo.

-Ya te he dicho que doy dolor. El dolor y el sexo no son lo mismo. Ni siquiera son parecidos.

-En mi mente están unidos. Mucha gente no puede sentir placer sin mezclarlo con el dolor.

-No me interesan. No puedes querer sufrir si lo quieres. Si lo buscas, se convierte en una variante del placer. Yo no doy placer, doy dolor. Y a cambio obtienes un don.

-Te escucho.

-El don es que te alivio la carga de los hombros. Podrás ver claramente entonces. Podrás ver la verdad del mundo cuando ya no estés dominado por mi voluntad. Por eso nadie me rechaza cuando comprenden lo que significa realmente.

Ella estaba radiante. No hay otra palabra para describir lo inefable mente hermosa que estaba en ese momento. Aún me sorprende cómo la forma humana puede expresar tanta hermosura. Quiero verla de nuevo con tanta ansia... Sé que un día la veré. El pensamiento me vuelve más frío que el viento que aúlla en torno a mi cabaña.

En este momento me encuentro en mi cabaña de madera en el bosque al oeste de Ellenville, Nueva York. El viento del norte sopla de las montañas, una catarata en la noche. Al otro lado de la habitación mi mujer ronca tenuemente. Abajo, mis hijos duermen en silencio, cada uno abrazando a una mascota, un gato, o, en el caso de mi hijo, su perro.

Cuando acuda a ella y me someta, parte de mi sufrimiento será el conocimiento cierto de que todas sus vidas resultarán dañadas por mi acto. Mi dolor será infinitamente mayor al comprender que conducirá al suyo. Saber que causarás pena a quienes amas es algo muy duro.

Aquella primera noche cometí mi error fatal: la dejé que me llevara a su apartamento, un sótano apestoso y miserable en la calle Trece. En el restaurante me asaltó una especie de frialdad, un encogimiento de corazón que me dejó sin aliento, pero también de alguna manera, en su poder.

Mientras caminaba junto a ella divisé un elegante estudio, quizá la parte superior de un desván o un espacio enormemente inclinado. No estaba preparado para las dos habitaciones

oscuras ni para las cucarachas que salieron huyendo cuando encendió la luz. En la primera habitación había una cama de hierro y un pequeño retrete victoriano, del tipo en el que hay que acurrucarse. Había un infiernillo de gas sobre un pequeño mostrador cerca de un plato de plástico lleno de ensalada reseca, y un plato de comida se echaba a perder.

Junto a la cama había una estantería con algunos libros. Vi El camino de los cisnes, Castillo a castillo y Lo mejor de P. G. Wodehouse.

-Me alojo aquí cuando trabajo con alguien -dijo. Me dirigió una sonrisa brillante y enternecedora-. Espero que te guste.

No había ninguna respuesta sensata. Sólo sacudí la cabeza. Las habitaciones eran frías, húmedas. Había un olor desagradable, el olor de sudor rancio. Al encender la luz de la primera habitación ensombreció el umbral de la segunda. De la oscuridad surgió un gemido suplicante. Ella lo ignoró, arrojó su abrigo sobre la cama y se sentó.

-Lamento no tener sillas. -Tocó con la punta del pie un cojín que había en el suelo-. Se tiene en pie, pero sólo lo justo.

Parecía estar intentando ganarme de una manera inmaculada, casi adolescente. Cuando me senté en el cojín, me encontré a sus pies. Algo en mi interior se revolvió. No deseaba estar en semejante posición delante de aquella muchacha. En realidad, me habría sentido incómodo ante los pies del zar.

Sin embargo, no me levanté. Ella me tocó la rodilla con el pie.

-El cojín es sólo una muestra. No tienes que usarlo si no quieres. -¿Qué elección tengo?

-Muchos prefieren el suelo. Establece una relación correcta desde el principio.

-¿Prefieren el suelo? Espero no parecer estúpido, pero ¿qué quieres decir?

Ella se apartó un rizo de delante de los ojos.

- Prefieren arrodillarse en el suelo. Pero el cojín está bien. No me importa.

Otra vez aquella mirada clara, directa, el atisbo de diversión en torno a su boca, la fría profundidad de sus ojos.

-No te asustes -dijo rápidamente-. No va a sucederte nada que no quieras que te suceda. Todo a tu ritmo.

Las protestas se acumularon en mi mente. Las controlé y hablé con suavidad.

-Ya te lo he dicho antes, no me interesan las experiencias sadomasoquistas.

-Muy bien. A mí tampoco. Creí que estábamos de acuerdo en eso.

-No comprendo.

Me pateó en el pecho. No con fuerza, pero de tal forma que sentí un espasmo de dolor junto al corazón. Incluso ahora es difícil comprender cómo ese gesto inició el proceso de mi muerte. Pero lo hizo.

Mientras recuperaba la respiración ella volvió a hablar, y su voz tenía un tono áspero.

-Claro que comprendes. La personalidad no admite lo que la esencia conoce muy bien. No saliste corriendo cuando me senté a tu mesa, ¿verdad? Empecé diciéndote exactamente lo que hago y lo que soy. Al contrario de ti, no mentí. Ahora estás aquí y aún tienes dificultad para someterte -sacudió la cabeza-. Mira, mi nombre es Janet O'Reilly. Janet Claire O'Reilly. Estoy en la guía telefónica, y si me mudo de casa siempre podrás llamar a información. Necesitarás estar solo una temporada. Cuando estés dispuesto a volver a verme, llámame.

Se levantó. Yo estaba sorprendido y confuso. Vacilé, pero ella estaba decidida. Momentos después me encontré de pie ante la oscura escalera de su sótano, escuchando cómo cerraba la puerta a mis espaldas. Estaba a punto de volverme cuando escuché lo que al principio pensé era otra mujer en el apartamento, hablando en voz baja.

-¿Cómo te atreves a hacer un ruido así cuando traigo a un extraño? Podrías haberlo asustado. Habría perdido su oportunidad. Tienes que aprender la importancia de la responsabilidad. Vamos a calentarte un poquito.

La luz fluctuó bajo la puerta. Un momento después surgió un alarido. Fue tan real y tan cargado de agonía y desesperación que retrocedí. Sin embargo, el sonido me fascinaba. No me marché, no de inmediato.

Nueva York es una ciudad grande y extraña, y en sus esquinas uno puede encontrar claramente lo raro y lo sombrío. Quién sabía qué había encontrado allí. No importaba lo atractiva que fuera, lo inofensiva e incluso inocente que pareciera, tenía que ser terriblemente peligrosa. Los lamentos continuaron, subiendo en intensidad en lo que me pareció una eternidad. A veces la luz fluctuaba y a veces se volvía rojo intenso, y poco después un olor acre surgió del apartamento, como el aroma de la cera derretida.

Cuando cesaron los gritos me marché corriendo calle abajo, y descubrí que temblaba tanto que apenas podía controlarme. Me detuve en una esquina. Mi estómago se revolvió. Vomité en la acera.

Cuando por fin llegué a casa, el cielo gris anunciaba la llegada del amanecer. Entré en el salón cálido y oscuro y recibí los saludos de Seymour, nuestro gato más activo. Se frotó contra mí, ronroneando amistosamente. Me arrodillé y lo recogí.

Nunca me había sentido tan agradecido por el contacto con lo familiar. El gato ronroneó y se repantigó en mis manos. Parece como si los gatos hubieran sido creados para ser acariciados. Entré en mi habitación, me quité los zapatos y me desnudé. Iba a meterme directamente en la cama con Sally cuando advertí el perfume que me envolvía. El aroma de Janet O'Reilly se me había quedado prendido en el pelo.

Cuando me duché, el vapor pareció intensificar el olor. Me lavé el pelo y también usé gel corporal. Libre por fin del más mínimo residuo de la noche, me deslicé entre las sábanas. Mi esposa gimió y se acercó. Estaba caliente y lo agradecí.

Tenía demasiado sueño para reaccionar al hecho de que aún podía oler el perfume. Tenía que haberse pegado a mis ropas.

Al momento me puse a soñar. Muchos de mis sueños tienen lugar en una tierra de sombras que es en parte el barrio donde crecí y en parte un país oscuro de mi propia imaginación. Mis viajes allí están acompañados de un patetismo extraño y delicioso. Siempre es de noche en esos sueños, y siempre otoño.

Esa noche me encontré en una situación terrible. Iban a ejecutarme. Mis torturadores no eran desagradables... en realidad, eran amables y amistosos.

Ella estaba allí. Se me acercó y me consoló mientras uno de los otros torturadores cargaba un potente rifle. Yo temblaba de pavor. Las balas sonaron con estrépito en la recámara, y una de ellas chasqueó. Ella me agarró por debajo de los brazos, manteniéndome erecto para que la bala atravesara mi pecho por el lugar adecuado. Mientras el ritual se desarrollaba lentamente, me habló con amabilidad.

-¿Podemos hacer algo para ayudarte?

-Alguien podría abrazarme.

-Oh, de acuerdo, puedo hacerlo.

Mientras permanecíamos allí juntos, me sucedió algo bastante inesperado. Mi voluntad, el centro de mi identidad como ente separado, menguó lentamente. La disminución de voluntad fue como agua negra que se apartara para revelar una catedral sumergida.

Liberarse de uno mismo es escapar de una gran ceguera. Un universo palaciego se extendió a mi alrededor, y descubrí que mi torturadora era un ángel que en su tolerante amabilidad, estaba dispuesta a sufrir conmigo la tortura real de derribar las piedras de mi personalidad para poder permitir que mi yo verdadero y esencial se uniera a la danza oculta para la cual había sido creado. Toda mi voluntad estaba en sus manos; era tan libre de mí mismo que incluso perdí el deseo de suplicar por mi vida. Ella hablaba suave e insistentemente. Advertí con claridad que daba sus órdenes a los verdugos.

Entonces la puerta del dormitorio se abrió y me asaltó una alegre cabalgata de niños. Era domingo por la mañana y aquí venían Alex junior, Patty y Ginger, junto con una cohorte de gatos, perros y juguetes. Sally gimió y se rió al ver nuestra cama llena de niños y animales.

Mi felicidad me rodeaba. El amor, la alegría y el calor desterraron todos mis sueños ominosos. El lúgubre paisaje desapareció. Recordé sólo aquella cara maravillosa, y el

delicioso momento en que advertí el gran alivio que se siente al rendirse a una voluntad superior.

Aunque el perfume subsistió durante días, un venenoso presagio de mi propia muerte, descubrí que mi vida ordinaria se reagrupaba rápidamente. No olvidé exactamente a Janet, pero descubrí que mi mente se alejaba del libro que había llamado Dolor y se encaminaba a temas más fuertes y ricos.

Tres meses después, estaba atareado con el libro que se convirtió en El hombre de la noche y dejé de preocuparme del extraño y repelente mundo del sadomasoquismo.

Estábamos aquí, en esta casa, cuando tuve el sueño que me hizo recordarla. No fue realmente un sueño, sino una especie de posesión, una agonía del alma que se apoderó de mí por la tarde. La familia había salido a montar a caballo. Yo había nadado un poco y había pasado diez minutos en el baño escuchando a los pájaros cantando junto al sebo de Sally. Estaba pensando en dirigirme a la casa para abrir una cerveza. Lo siguiente que supe fue que estaba en un pequeño aeroplano con Janet. Al principio no la reconocí. Luego vi que ella lo estaba pilotando y que me miraba por el rabillo del ojo. Hablaba un idioma que no pude comprender.

Vi el mundo entero como una única entidad coherente, un enorme organismo viviente. Es difícil expresar el impacto de esta sensación de totalidad. Había detalles tremendos: un hombre exhalando su último suspiro, su mano en la mano de su hijo; bebés manoteando; las piedras del interior de la tierra radiantes de calor; una mujer cantando en un patio soleado. La visión continuó y continuó, hasta que vi el mundo como una manchita de luz, un arco brillante que viajaba eternamente.

Luego vi los silos de los misiles y las cabezas atómicas, y las imágenes de los poderosos, el presidente apoyado en una puerta con un vaso de zumo de naranja en la mano, tres rusos hablando en una habitación. Uno de ellos tenía en la cara la misma expresión que ella, la misma amabilidad fatal.

Por encima de todo había una canción suave y hermosa. Nos aman. Nos aman. Somos su hierba, sus árboles, sus pocilgas. Nos han tomado cariño y nos socavan, golpeándonos con guerra, hambre y peste, diseñando cerebro y cuerpo para que se reproduzcan más y más, hasta que el mundo se asfixie de millones y millones de brillantes almas humanas dispuestas para el matadero. Dispuestas, también, para crecer.

El sentido del sacrificio es que satisface la necesidad de un ser superior. Sin embargo, esta necesidad no es de sufrimiento, ni de muerte, sino del enriquecimiento del alma. Sólo entonces tendré para ella auténtico valor. El concepto del sacrificio como aplacamiento es simplemente un deseo. Los ángeles nunca serán aplacados más que por la expansión de la auténtica sabiduría en nuestro mundo.

Cuando permanecí desmayado en el sofá con la cerveza derramándose sobre mi bata y sobre el suelo, ella se quedó a mi lado, abrazándome con las manos de la muerte, hablando con su voz ligera, animándome y explicándome.

Me desperté cuando el sol se ponía. Oí el relincho de los caballos y las voces de mi familia que regresaba.

Estaba tan agotado que no pude levantarme del sofá. Esa misma semana mi médico me dijo que no era mi primer ataque al corazón, y que necesitaba revisar mi vida. Ejercicio. Una dieta adecuada. Menos estrés. Los primeros ataques cardíacos son peligrosos porque a menudo son silenciosos: un período de fatiga, una ligera presión en el pecho.

Pasó el verano y llegó el invierno. Regresamos a la ciudad en invierno. Los chicos volvieron al colegio. Sally y yo nos sumergimos de nuevo en la satisfactoria rutina de nuestro matrimonio.

Sin embargo, apenas pasaba un solo día en que no pensara en Janet O'Reilly. Su cara, tan grave y gentil, tan hermosa, había encendido el centro de mi conciencia. Una y otra vez mi mente regresaba a los momentos que había pasado en su apartamento, el cojín, la patada suave y dolorosa, la sutil confirmación de mi puesto.

Deseé haber hecho las cosas de manera diferente. Ella quería que me sometiera de alguna forma. Aún me sentía inseguro respecto a los detalles. Si me hubiera rebajado, si me hubiera entregado a su voluntad, ¿no podría haber escapado de alguna forma?

¿Qué era ella? ¿Un ángel, un demonio, un ser del mundo situado más allá de la puerta del corral..., o mi ánima, el principio femenino que según Carl Jung reside en el centro de todos los machos?

Fuera lo que fuese, me sentía intranquilo con la incómoda urgencia de mi ansia por rendirme a ella.

Mi tercer ataque cardíaco fue un cataclismo de dolor. Estaba en mi habitación escribiendo cuando el color pareció borrarse de las hojas de los árboles que veía a través de mi ventana. Me quedé sentado indefenso, contemplando cómo el mundo se volvía gris y oscuro; luego el dolor se abrió paso desde el centro de mi pecho: las ardientes fauces de Moloch se clavaron en el lugar donde había estado mi corazón.

Sally me encontró tendido de lado en el suelo y rápidamente me llevaron al hospital en una ambulancia. Apenas podía respirar y ni si quiera el oxígeno parecía servir de nada. El silencio de Sally, sus lágrimas, me lastimaba hasta el fondo. Nunca me soltó de la mano.

Pasé una semana en el hospital. Entonces las máquinas le dijeron al doctor algo que me alegré de oír: era hora de volver a casa.

Janet vino a mí una tarde cuando Sally había salido de compras y los niños estaban en el colegio. Apareció en mi dormitorio. Yo tenía los ojos cerrados. Al principio, cuando olí su perfume, supuse que estaba soñando, pues había entrado en silencio.

- Hola, Alex. ¿Te apetece dar un paseo conmigo?

- ¡Tú! ¿De dónde has salido?

Me miró con amable condescendencia.

- Alex, me gusta tu invencible adherencia a lo común. Voy a llevarte a dar un paseo. Vamos a ir a mi apartamento.

-¡Santo Dios, pero si no puedo! Mírame, Janet, no puedo levantarme de la cama.

Pero lo hice. Cuando me hizo levantar, simplemente no pude resistirme. Me llevó al cuarto de baño, me afeitó y me lavó.

-¿Cómo te sientes ahora?

-Mejor.

- Eso pensaba. Hace sol hoy. Lo necesitas.

Me puse la ropa y cuando me vi vestido me apeteció realmente dar un paseo. Sin embargo, ver su lúgubre apartamento bajo la luz de la tarde casi me hizo dar la vuelta.

-No -dijo ella, y me agarró.

Me obligué a continuar. Cuando llegamos a la casa me obligué a bajar la escalera. Entonces oí su voz a mi espalda, llena de una risa melodiosa.

- ¿Qué haces?

Estaba de pie en el pórtico de la entrada principal. La luz caía sobre ella. A pesar de mi familiaridad con su aspecto, no estaba preparado para la pureza de esta visión de belleza. Al mirar hacia arriba, boquiabierto, casi me caí de espaldas. Ella se rió en voz alta.

-Pareces un avestruz sorprendido. Venga, sube, llegamos a tiempo de tomar un café.

Con pasos temblorosos, subí la escalera.

Las plantas superiores del edificio eran maravillosas, una perfecta restauración federal. No entiendo mucho de muebles, pero sé reconocer unas buenas antigüedades cuando las veo. Contrastados con mis recuerdos del sótano, estos muebles palaciegos eran de lo más notable.

Ella caminaba ante mí, haciendo balancear descuidadamente las caderas. Entramos en una habitación soleada llena de orquídeas, un lugar verdaderamente magnífico e íntimo. Olía a dulces flores tropicales y a rico café.

-Mamá, papá, quiero que conozcáis a uno de mis estudiantes.

Sus palabras cruzaron mi mente como un látigo de luz. Advertí que era cierto. Yo era verdaderamente un estudiante de este ser notable.

Me sentía agradecido por ello, pero también cohibido. Ante dos personas de mi edad, me sentí débil.

Ellos parecían indiferentes a mi incomodidad. Permanecían sentados juntos como si estuvieran preparados para un retrato formal. Eran, más que atractivos, regios. El hombre era alto, y tenía una larga cabellera rubia y ojos gris ceniza. Su esposa era una versión serena de su hija. Pensé que también Janet era una estudiante. Al trabajar con inocentes, aprendía paciencia.

¿Sabían qué hacía su hija en el sótano? Vaya pregunta..., naturalmente que lo sabían. Era su casa.

Advertí que en sus caras había una expresión oculta de alegría reprimida. Se sentían triunfantes: su Janet era una cazadora que volvía a casa con un ciervo sometido. Habían escudriñado las hojas de hombres y me habían elegido a mí. Había sido capturado en una red de cuidadosas intenciones.

Janet me miró.

-Tomo dos terrones de azúcar. Y el café con leche. Medio y medio.

Le serví el café en una especie de bruma roja de pánico e incredulidad. Tal era el grado de mi emoción que el mundo que me rodeaba se había convertido en una realidad digna de un sueño. Empecé a preguntarme si en realidad no sería eso, un sueño. Pero aquí me encontraba, no había duda. Sorbí mi café. Janet me observaba atentamente, pero también con aquel brillo alegre en los ojos.

Pareció leerme los pensamientos.

-Estoy tan orgulloso de ti -dijo-. Hace falta valor para volver.

Mi corazón martilleó. Pude sentir sus ojos escrutándome. Nunca me había sentido tan desnudo, tan descubierto. Su pequeño cumplido me hizo ruborizar de embarazado orgullo de arriba abajo, no pude evitarlo. Noté que la cara se me ponía roja. No pude levantar los ojos de la humeante taza. Era un perro alabado.

-Gracias -conseguí murmurar.

Parecía como si mis palabras hubieran sido pronunciadas por otra persona, o más bien por una máquina que sólo controlaba desde lejos. Estaba claro por qué reaccionaba con tanta fuerza ante esta familia. Verlos en su serena presencia me decía algo que hubiera preferido negar. Tenía que presenciar lo gloriosos que eran, y ver mi propia imperfección.

Janet me cogió la taza y la depositó sobre el plato. Me tomó de la mano, me puso en pie y me dirigió a una puerta que había en el otro extremo de la habitación.

-Le va a resultar difícil -dijo por encima del hombro.

-Nunca escucho -respondió su madre rápidamente.

-No creo que vaya a hacer mucho ruido. -Ella se echó a reír en voz baja. Detecté cierto tono de desdén-. Es demasiado orgulloso -siguió guiándome-. Creo que tal vez intente marcharse -su mano me apretó-, ¿no crees, Alex?

-No. No lo haré. He tomado mi decisión.

Su mano era terriblemente poderosa, y me estaba haciendo daño. -No importa lo que pienses, no has tomado ninguna decisión. La decisión la tomé yo.

Atravesamos un oscuro corredor y entramos en otro mundo. Estábamos en la habitación trasera, la que yo no había visto. Era una cámara pequeña y lúgubre. Había un pequeño armario de acero en una pared, una cama de metal desnuda bajo la ventana cubierta de barrotes que daba al jardín.

La visión de la ventana era lo único bonito de la habitación, y he de decir que era muy hermoso realmente. Desde aquí, el jardín, con sus enredaderas y sus arbustos florales y sus bordes cuidados, era enternecedor.

Me golpeó, con la fuerza aturdidora de la reflexión inesperada, el hecho de que esta habitación no estuviera consagrada a las decadentes diversiones de la gente que había estudiado para Dolor, sino para otro propósito. Este era el lugar de la muerte.

Su brazo me rodeó la cintura. No se apoyó en mi hombro, pero aun así dejé caer mi peso contra ella. En voz baja, hablando rápidamente, ella me explicó el propósito del armario de metal.

-Se llama la Sala de Pie. No puedes estar de pie, no del todo, ni tampoco puedes sentarse. Es lo que he elegido para ti. Hay muchos otros medios, pero suelen ser más íntimos y menos prolongados. Necesitas condiciones que te obliguen a enfrentarte a ti mismo. Aún tienes mucho que ver, y sé el efecto que tienen sobre ti los lugares pequeños.

Cuando era niño, me quedé encerrado en una cabina telefónica. Era un lugar negro, horrible y sofocante, y no pude salir durante lo que me parecieron horas. Toda la vida he tenido pesadillas acerca de ser enterrado vivo, donde me despierto y me encuentro en un ataúd y me siento terriblemente solo y empiezo a asfixiarme.

-¿Te gustaría intentarlo?

Di un paso atrás, buscando con los ojos la escalera. Me sentí enfermo, a punto de desmayarme, atontado por el terror. Notaba el corazón abrumado por la pena más profunda. Pensé en mi familia, en nuestra preciosa felicidad. Una vez más, ella me cogió la mano. Firmemente, me dirigió hacia la caja.

-Puede que sea fatal -farfullé-. Mi estado...

-No será fatal. Esta vez, no.

-No puedo. Sé lo que quieres de mí y estoy de acuerdo, pero no puedo. Tendrías que dejarme solo.

-Lo tienes en tu interior, lo sé.

-¿Es cierto entonces?

-Comprendes el propósito del sacrificio. Siempre lo has comprendido. Naciste para ello, fuiste criado y educado para ello. Has comido tu fruta al sol. Ahora es tiempo de pagar.

Quise protestar, pero la verdad en sus palabras no podía ser negada.

-Desnúdate, Alex. Entra en la caja.

Avergonzado, me separé de ella. Obligué a mis manos a dejar de temblar.

«No será fatal», había dicho ella.

Hice lo que se me obligaba, quitándome el familiar jersey azul que Sally me había regalado por mi cumpleaños diez años antes, la camisa y la camiseta, los zapatos y los pantalones, los calcetines, los calzoncillos. A mi espalda, ella me cogió por los brazos y me empujó hacia el diminuto armario.

Qué estupidez. ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Por qué estaba aquí?

Ante mí danzaron visiones de los demonios de la guerra, la peste y la agitación. En sus ojos brillaba el mismo destello de genio que me había atraído hacia esta joven.

-Tu muerte no detendrá la cosecha -murmuró ella-. Eso es sólo tu imaginación. No eres importante. No lo sois ninguno.

Sus palabras capturaron mi atención. Parpadeé, empecé a jadear. Instantáneamente, ella me empujó y cerró la puerta. El clang resonó en mis oídos, chisporroteó en mi cerebro. Ella no se había preocupado por mi postura. Estaba contraído, con la cabeza hacia atrás, apretando la cara contra el techo de la caja. Tenía un brazo en la espalda y el otro retorcido y atrapado entre la cadera izquierda y la pared.

-¡Por favor, estoy todo torcido!

Silencio.

-¡Por favor!

Ella se rió. Fue un sonido alegre. Entonces se hizo de nuevo el silencio. Intenté girarme, pero no pude. Lo que había parecido incomodidad pronto se convirtió en el peor de los tormentos. Mientras tanto, podía oírla fuera. Se preparó más café en la otra habitación. Conectó la radio un rato. De vez en cuando la oí pasando páginas: estaba leyendo.

Luego se marchó. ¡Se marchó! Me retorcí, jadeé, lleno de pánico claustrofóbico. Mi corazón tiritaba como si fuera de papel. Finalmente, exhausto, lloré.

Se marchó durante horas y horas y horas. No había manera de suavizar el tormento. Sentía el cuello como una columna de alambre al rojo vivo. Mi brazo izquierdo se sacudía, mis dos piernas estaban entumecidas, mis pies latían con pinchazos agónicos y sentía náuseas.

Caí en un pozo de inconsciencia, sólo para ser rescatado de vuelta a mi agonía. Llamé en el silencio asfixiante. Pero ella no estaba allí.

Perdí la noción del tiempo. Ansiaba frenéticamente regresar con Sally y los niños. Ahora me estarían echando en falta, estarían aterrorizados. Nadie me encontraría en este sótano, nadie, nunca.

Entonces la oí. Mi corazón dio un brinco, lágrimas de alivio anegaron mis ojos. Tenía la boca tan seca que apenas podía producir un sonido. Gemí, era todo lo que podía hacer. Siguió un corto silencio, luego voces. ¿Había alguien con ella? ¿Sus padres? No. Un hombre. Un amigo. Había traído a algún loco amigo para que disfrutara con ella de mi sufrimiento.

Pero la voz era tan gentil, tan firme y decente, tan llena de preocupación y amor. Podría haber sido mi voz un año antes.

La sangre se me heló en las venas. Esto era una repetición de aquella situación, una repetición exacta, sólo que ahora yo era la víctima que gemía en la oscuridad. Recordé la luz fluctuante, el brillo rojo que había seguido a mi última salida de este sitio.

Rogué a Dios por que no hubiera oído mi gemido. Intenté permanecer lo más callado posible. Apenas respiré. Recé. Con todas mis fuerzas, recé.

La puerta se abrió y se cerró. El invitado se marchó. Inmediatamente oí pasos, ratratrat, acercándose a la pared de mi prisión.

-¿Cómo te atreves a gemir así cuando estoy trabajando con alguien? ¡Ese era un estudiante potencial, pobre estúpido! Si lo has espantado, piensa en lo mucho que perderá. ¡Piénsalo!

Vi al otro hombre, vi el interior de su mente como Janet tenía que ver el interior de las mentes. Había un revoltijo confuso de ideas y pensamientos, un gran murmullo de voces. No había ninguna sabiduría, nada más que el miedo vacío de un animal. Para ser verdaderamente humano tiene que haber claridad. Tenemos que conocer el cuerpo y comprender su relación con el alma. Si no regresaba, perdería su preciosa oportunidad para comprender. Yo podía haberle negado aquello.

-Voy a tener que explicarte obediencia. No lo haré con palabras, sino con lenguaje corporal. -Hubo un chisporroteo, luego un reventón seguido por un siseo sostenido-. Vas a recibir un poco de calor, Alex.

Su voz no era amenazante, ni siquiera dura. Era simple, absolutamente final.

Nunca he conocido otro sufrimiento como el que experimenté durante el período de tiempo en que ella aplicó el soplete al exterior de la caja de acero. No me quemó, sino que me asó lentamente. Sudé, sentí picores, comezón. La caja se convirtió en una celda húmeda. Grité, indefenso, totalmente entregado al pánico. No puedo describir enteramente con palabras lo que sentí durante aquellas horas. Pero puedo decir que mi espíritu se separó de mi cuerpo y a la vez siguió siendo íntimamente parte de él. La lección que aprendí fue de un valor incalculable. Comprendí los límites de mi cuerpo, y su tragedia. Mi cuerpo ha causado el auténtico sufrimiento de mi vida. Mi cuerpo tiene que experimentar la auténtica muerte. Como la copa no es el vino, Alex no soy yo. Al comprender esto, empecé a conocerme un poco.

Aprender esta lección era el motivo por el que ella me había traído aquí para entregarme a tales sufrimientos. El tormento de toda una vida había sido concentrado en unas pocas horas. Ahora me encontraba en la antesala: ella me había enseñado lo que es esencialmente necesario para estar bien preparado para la muerte.

El calor cesó.

-¿Puedes hablar?

Lo intenté, pero no conseguí decir nada. Sin embargo, quería hablar, y ella lo sabía.

-Inténtalo con más fuerza, Alex.

Finalmente, mi voz volvió ala vida.

-Gracias.

-Bien dicho. Has comprendido. Dilo otra vez.

- Gracias, gracias.

Cuando se abrió la puerta fue como si hubiera sido depositado en la antesala del cielo. Una bocanada de aire sagrado me acarició y fuertes manos me liberaron de mi encierro. Con poderosa facilidad, me llevó a la cama. Entonces me puso esposas en las muñecas y los tobillos y me estiró sin piedad, desagarrotando los músculos sin importarle la sensación que causaba. Pensé que me estaba rompiendo en pedazos.

Al menos, pensé, estoy tendido en la cama con los miembros separados, cada músculo en su sitio, sin sentir pinchazos ni entumecimiento. Me sentía dolorido, por supuesto, pero por lo demás no había sufrido daño.

-Déjame que devuelva un poco de fuerza a tus miembros.

Me acarició, y pasé de un estado de doloroso agotamiento a otro de fuerza en aumento. Nunca había sido masajeado por unos dedos tan delicados ni tan sabios. Nunca había sentido una energía tan clara fluyendo en mi interior. Media hora después, fui un hombre nuevo.

Ella sonrió cuando salté ante ella.

- Me verás pronto.

Yo aún era lo bastante arrogante como para suponer que era una pregunta.

- Por supuesto -repliqué mientras me vestía.

En mi interior, me burlé: qué mentira. Nunca volveré a acercarme a esta loca criatura. En mi débil estado, había tenido suerte de haber sobrevivido.

- La próxima vez recorreremos todo el camino.

- Desde luego. Estoy ansioso.

- Sí, lo estás. Al fin lo estás.

No me había sentido tan contento de llegar a casa en toda mi vida. Lloré en el regazo de Sally. Le conté todo lo que pude de la historia, diciéndole que había sido secuestrado por algunos de los lunáticos que había conocido cuando estaba haciendo la investigación para Dolor. Ella se enfureció y quiso llamar a la policía.

La idea hizo que la sangre se me helara en las venas. No podía hacer nada que causara daño a mi preciosa Janet. Dependía de ella demasiado. El mismo hombre que había salido de su casa una hora antes con la firme intención de no regresar jamás, la veía ya de nuevo como un brillante ángel a quien amar y proteger. Frenéticamente, le expliqué a Sally que una llamada a la policía podría perjudicarme.

Una semana después estaba solo en mi oficina trabajando. Las manos de Janet me habían rejuvenecido hasta un grado sorprendente. Había entrado en las etapas finales de mi recuperación tras mi ataque cardíaco con una rapidez que deleitaba a mi médico.

Sally había salido a ver un partido de los niños. La verdad es que no me sorprendí cuando Janet atravesó la puerta de mi oficina, pasando el portero y el apartamento cerrado sin ninguna dificultad.

El shock dio paso casi de inmediato a una sensación horrible y extraña. Mi cuerpo parecía querer ponerse de rodillas. Era una tontería. Estaba avergonzado ante mí mismo.

-¿Por qué resistes? -dijo ella.

Lo hice, y fui recompensado con la comprensión de que lo que había de pie ante mi reverencia no era ninguna joven. Mi sensación de adoración cambió a temor. No podía moverme, ni aún menos alzar la vista. Pensé que no podría soportarlo que vería. Entonces una mano me hizo levantar la cabeza.

- Sorpresa.

Ella era la misma de siempre. Se sentó en mi silla y empezó a hurgar en mis papeles personales. La vi coger mis impresos de hacienda, los informes de mi asesor, copias de compras y contratos, todo lo que tenía un significado financiero.

-Has ganado el conocimiento de que tu fin se acerca -dijo-. No ignores tu obligación de prepararte.

Una semana más tarde regresó y revisó conmigo mi testamento. Era experta, e hicimos revisiones juntos. Cuando terminamos, me cogió de la mano. Pude sentir cómo me observaba.

-¿Tengo que ir contigo ahora?

-¿Quieres?

Mi primer impulso fue decir que no, gritarlo, aullarlo. Pero me había acostumbrado a este juego.

-Tanto da que acabe.

-Esperarás un poco más. La próxima vez que nos veamos, yo llamaré y tú vendrás.

Fue un pequeño triunfo, o eso pareció en aquel momento. No tenía ni idea de que pasarían años. Día tras día he esperado a Janet. He vivido en un torvo éxtasis de suspense. Oigo pasos a mi espalda, y la veo entre la multitud. Una vez estaba de pie, en silencio, en la puerta de mi oficina. Pero se dio la vuelta y se marchó sin decir palabra.

Mi familia se ha unido más, se ha llenado de amor, de felicidad. Mi trabajo ha prosperado como nunca antes. Mis críticas son excelentes; se habla de premios. Lo más doloroso de todo es que Sally y yo hemos alcanzado un nuevo nivel de intimidad tanto sexual como espiritualmente. Al sentir lo que me espera todo mi ser se aferra a la vida. Soy una torre de deseo sexual. Un antiguo matrimonio se ha vuelto otra vez nuevo, lleno de placer y deleite. Noche tras noche me acerco a Sally en la cama y me recibe con los brazos abiertos. Nos hemos internado en universos de amor inimaginables.

El viento sacude la cabaña. Sé que en alguna parte, ahí fuera, Janet espera. Sé que un día vendrá por mí.

Cuando lo haga, me arrancará el corazón del pecho como hacían los sacerdotes con las víctimas ofrecidas en los altares de los aztecas. Esta vez no habrá indulto: me he graduado. La observaré quitarme la vida y mi alma quedará atrapada en sus hambrientas mandíbulas.

Todo esto me asustaba, pero ya no. Pensé que estaba solo, entre unas pocas víctimas selectas del sacrificio. Pero esto no es cierto. Todo ser humano es sacrificado; toda muerte tiene valor.

Ahora, Janet no es para mí más que el progreso del reloj. El horror del sacrificio es una ilusión, pues el final que hay más allá (el alma absorbida en el pecho de esos seres poderosos) es éxtasis y olvido.

No odio a Janet. Porque me ha dejado entrever lo que hay más allá de las murallas de la vida, no puedo más que amarla. Espero mientras viene segando los brotes del otoño. Aunque su llamada marcará el último latido de mi vida, también dirá que mi sufrimiento no es particular, y en eso hay amabilidad. Viene no sólo por mí, sino por aquellos que aún no han nacido, por los viejos en sus lechos de muerte, por los millones de la cosecha de la guerra. Viene por mí, pero también por ti, como hará al final por todos nosotros.